

## COMO CADA JUEVES

(Relato ganador de la V Edición del Premio “Vida Salud”  
de Narrativa en su modalidad Profesionales-Estudiantes de Enfermería)

Adelaida PÉREZ SANCHO



**Y**a no tenía nombre, o poseía tantos, que la vida no le había querido encerrar en uno y lo había olvidado. Nunca había pronunciado palabra, por lo que nadie antes le había mirado por segunda vez. De cabellos rizados en angélico desorden y espíritu claro; ojos abiertos al mundo, y todos sus sentidos como sus ojos, marrones, acaudalados siempre, desconocidos. Las manos, frías, como de otro mundo; y de cara imperfecta como mejor escondite.

Solía pasear por las orillas desdibujadas de los caminos asaltando constantemente las márgenes vírgenes preñadas de vida. El jolgorio bullicioso de las avejillas, de los ciegos pinos, y el silencio de las rocas sabias le perdían en sus monólogos. Nunca sintió soledad. Se sentía a sí mismo y jamás dudó de la existencia de los demás. Nunca antes había necesitado expresarle a otros su existencia. Oía a los demás discutir cómo alcanzar la felicidad que ninguno poseía, dando soluciones para la vida, y él, no entendía nada de todo aquello. Seguía caminando cuando le apetecía por los senderos, traspasando los matorrales de tomillos y jarales

repletos de sus rosáceas y arrugadas flores, ascendiendo los penachos oscuros de las umbrías buscando el sol. Pensaba que siempre podría hallarlo alcanzando mayor altura, y hubiera sido capaz de rodear el mundo tras él de no caer vencido por el sueño. En la noche despertaba a veces, y millones de ínfimas lucecillas le hacían olvidar el sol. Cerraba entonces sus ojos en la oscuridad, para ver más cercanas las estrellas en su imaginación, durmiendo su mente en un remanso de vaivenes que le atrapaban el alma.

Debía de ser muy de mañana aún cuando despertó Carlo. Había sentido frío durante toda la noche y ahora tenía el cuerpo entumecido bajo las sábanas. Quisiera no haber tenido que levantarse, pero un despertador de luminosos dígitos anunciaba que se hallaba a punto de estallar en pitidos sin escarmiento de su dueño. Le tenía miedo. Cada mañana le rompía sus sueños y el corazón se le descontrolaba en una furia de latidos; por ello, su cuerpo había aprendido a despertar antes de lo ordenado. Se levantó con prisas, y sintió más frío aún que durante la noche. El aparato estaba ya apagado, mudo, y le alivió haberle vencido aquella mañana.

Se lavó los dientes, pero no peinó aquellos cabellos ralos y ondulados que igualmente aparecerían despeinados. Metió el libro de filosofía Zen en su mochila junto a uno de economía y otro de lengua, y volvió a correr, asaltando las aceras repletas de gente que como él se desplazaba dentro de un tumulto enloquecedor.

Se sentó en un asiento mugroso del metro, rallado con rúbricas y versos ásperos de adolescentes deseosos de fama anónima y eternidad. Había oído cada tarde canciones como la de Ismael sobre la tristeza que le sobrecoge a la gente en el metro, y pensó que era el lugar de la Tierra donde más soledades se despertaban. No lo pudo evitar; acabó contagiándose. Una parada, otra, y otra, y la seño-

ra junto a la puerta se miró el reflejo en el cristal, y Carlo le vio titilar las lágrimas que no llegaron a derramarse. Otra parada. Ahora eran sus labios los que se descolgaban hasta adoptar una mueca de perdida tristeza. Se le cayó la compasión al suelo y al agacharse recogió la indiferencia del señor del traje.

Hacia rato que permanecía aparcado en el parque. Miraba su silla desvencijada como un lastre que le había coartado la vida. Se pasaba el día evocando recuerdos, pues no encontraba otro quehacer. ¿Cuántos años llevaba así? No podía recordarlo. Ése era su gran problema, el olvido. Él olvidaba las cosas; quizás por eso la gente, irreflexivamente y sin maldad, había decidido olvidarlo a él. A veces recordaba cómo jugaba de niño en los campos de citrones junto a la iglesia chica. Le agradaba esconderse allí, acurrucado entre las hierbas, aunque siempre acababa picándole alguna abeja a la que no podía dejar de compadecer. Ahora, sentado en el parque, sin lugar para los citrones silvestres y sí para una olorosa rosaleda, robustos plátanos y largas extensiones de aburrido césped, pensaba con remordimientos en la cantidad de escarabajos y hormigas, mariquitas, mariposas y otros seres olvidados, como él, bajo las prensadas pisadas. Suspiró oprimido por una incierta condena y siguió esperando a la joven que tenía que devolverle a su nicho del asilo.

La vio acercarse con prisa, como consciente de haberlo olvidado. Venía de la pequeña caseta que construyeran el año pasado junto a la verja de la entrada destinada a hacer las veces de mortuario. Sabía que algún día saldría de allí caminando de pie rememorando su larga vida, y asido de la mano de Zorita.

La joven le sonrió y, agachó su cuerpo, cruzando las manos sobre las rodillas para acercarle su cara al viejo. Le dijo algo sencillo y lo acompañó con otra dulce sonrisa. Él preguntó por los citrones blancos y amarillos que florecen antes de la primavera, y entonces, ella borró levemente su sonrisa; pensó en los campos de citrones de su pueblo y le asomó la ternura con sus lágrimas. Recuperó la mueca de amiga y le dijo: “estarán los citrones ahí para cuando te vayas”. Y él se relajó sonriendo y ya no sintió cómo ella le agarraba por las asas de la espalda y se lo llevaba por la senda de baldosas y

césped, angustiosamente recta, hacia la puerta principal del asilo. Pero una vez más, miró cómo se quedaba a la derecha la caseta desgastada por sus ansias. Sintió que lloraba y pidió perdón a Zorita por hacerle aguardar un nuevo día, sin olvidar que aquella joven de refulgentes ropas blancas, le había comprendido y dado esperanzas de que sus citrones le acompañarían cuando caminara junto a Zorita.

Volvió en sí. Era una boda hermosa; tradicional, como ella lo esperaba, como habían prescrito todos aquellos a los que no conocía y que venían moldeando desde años su gusto hasta afirmarlo. Miró a la pareja mientras se besaban en aquel cortejo de flores, murmullos, algarabías y música, recordando aquel instante lejano en que decidiera, no compartir, sino entregarse, movida por un ideal amoroso y romántico que por fuerza había de condenarla a la felicidad más clasificada.

Durante el postre, su marido, por encargo de los novios, le ofreció un cigarro. Ella no fumaba, más fumó como tantas otras cosas que había hecho en su vida, movida por la inercia o por la más profunda inconsciencia. Entre el humo denso que empezaba a disiparse descubrió un temor que la desnudó, y sintió vergüenza cubriéndose con las manos agujereadas los senos fruncidos por el tiempo. Sentada se tambaleó. Entre el alborozo nadie alcanzó a verla mientras ella, en otra ensoñación, miraba con ojos extraviados la casa que se le venía cayendo encima hacía ya algún tiempo, vacía como un corazón cuya hipertrofia no bombea ya nada más, que ni funciona ni duele, que sólo ama huyendo de sí mismo. Un tiempo aforador que, cansado ya de ocultarse, volvía y le revolvió con su tormento. La casa, la mujer, tanto daba; ambas andaban pudriéndose en sus ya antiguas soledades.

Una vida desgastada por dentro y por fuera, y ahora, años por delante abocados en un ser que no recordaba cuándo fuera la última vez que hiciera algo por sí mismo. Fue entonces cuando, en un intento vago y perezoso, se halló pensando recuerdos de años bajo su bata blanca. Dudó de haberlos vivido, pero los descubrió en ese instante dándoles un nombre. Y entendió esa década de noches de agitados sueños que la desvelaban en un cruel infierno de insomnios. Domingo era siempre el joven que caminaba asaltando las veras torcidas de

las sendas gestionadas por el hombre para hallar los caminos que los pasos abren donde no hay veredas; lunes era el viajero íntimo del metro que se precipitaba por los pasillos de la universidad, sin vida, perdido, buscando con un desespero inquieto el rostro de un conocido que le reconociera su mundo y su propia inexistencia; martes, la carne, la preocupación banal por su cuerpo en luna menguante; miércoles, las cenizas del día anterior pegándose a la humedad de su llanto en un intento desesperanzado de volver a recomponerse; jueves, soñador implacable del caminar hacia la muerte, de pisar con sus propias plantas las baldosas de piedra que conducían hacia la caseta; viernes le dejaba la mente vacía, cansada, y se dormía.

Volvió al humo, a las risas, a los besos y abrazos, a la tarta... Se sintió como una planta libre para

crecer y no suspiró aún; iba a hacerlo pensando en la hermosura de sus hojas, de sus flores que marchitaban para dar fuerza a sus raíces; pero se contrajo al desperezarse y sentir cómo las yemas de sus dedos alcanzaban el tiesto de barro frío. Su plenitud se deshizo como los abrazos de los novios. Era sábado.

Amaneció para ella el domingo con la casa vacía y la resaca del humo y el vino. Él ronroneaba junto a ella, pesado y tranquilo. Eran las cinco de su insomnio y tuvo miedo. Un temor inmensurable le acarició los senos, y ella huyó bajo las sábanas aferrándose al run run de su marido. Y se durmió.

Hoy, cada jueves, todavía me despierto levemente con aroma de cítrones blancos, amarillos...

